

El paisaje de Córdoba en el Grupo 'Cántico'.

Brac, 116 (143-151) 1989

Por MARIO LOPEZ LOPEZ

(ACADEMICO NUMERARIO)

Es fundamental establecer una previa distinción entre el concepto de "sentimiento de la naturaleza" y aquel otro más análogo o consecuente del "paisaje como tema en la obra literaria". En tal doble y unida preocupación temática el profesor Orozco-Díaz los delimita y juzga "como cosas distintas, pero que pueden superponerse o fundirse plenamente y, por lo menos, enlazarse en un punto de arranque o impulso inicial de búsqueda del tema" (1).

Parece ser Rousseau el primero que propugna la necesidad del retorno a la naturaleza y en él se apoya posteriormente Saint-Beuve para afirmar que él mismo en la literatura es un sentimiento moderno.

Unamuno, entre nosotros, hubo de hacerse eco de esta afirmación, precisando y corrigiendo sus términos: "Se ha dicho -escribía- que el sentimiento estético de la naturaleza es un sentimiento moderno, que en los antiguos no estaba sino esbozado, que es de origen romántico..." (2).

También Azorín en el prólogo de su libro "El paisaje de España visto por los españoles" la repite y comparte, distinguiendo, como Unamuno, ciertos atisbos de síntesis descriptiva en nuestros grandes prosistas y poetas del siglo diecisiete (Cervantes, Lope, Góngora...) de quienes nos dice que "un rasguño suyo describiendo un panorama campestre alcanza a sugerirnos su más amplia y honda visión... Sortilegio este que obra el milagro de hacer ver con la imaginación predispuesta en tal rasguño lo que no vemos en largas y prolijas descripciones...". Finalmente el mismo Azorín resume categóricamente: "El sentimiento amoroso hacia la naturaleza es cosa del siglo diecinueve. Ha nacido con el Romanticismo, poco a poco, quien, por primera vez la trae al arte en sí misma y no como accesorio..." (3).

José María de Cossío también ha de ocuparse del tema, aunque limitado -como él dice- al fenómeno estético del más alto interés: "el de la Poesía" tras considerar ciertos antecedentes que pudieron

(1) Orozco Díaz, E., **Paisaje y sentimiento de la naturaleza en la poesía española**, ed. del Centro, Madrid, 1974.

(2) Unamuno, M. de, **El sentimiento de la naturaleza**. Obras completas, t. I, 'Paisaje', Barcelona, 1958.

(3) Azorín, **El paisaje de España visto por los españoles**, Madrid, 1923.

encaminarla al logro de ese "sumando preciso de la emoción de la naturaleza, del sentimiento lírico de los campos, esencial en todo traslado eficaz del paisaje... de lo campestre circundante..." (4).

"Paisaje poético" que Gerardo Diego considera "Paisaje habitado, al menos por el propio poeta que lo contempla y que se lo entaña..." (5).

";Nunca merezcan mis ausentes ojos,
ver tu muro, tus torres y tu río,
tu llano y sierra, oh patria, oh flor de España!"

No hallaríamos mejor introducción a nuestro comentario sobre la influencia del paisaje cordobés en la obra de sus poetas que el recuerdo de esta síntesis lapidaria de Góngora en su inmortal soneto a Córdoba.

Síntesis que contiene, incluso sentimentalmente, las tres principales características topográficas de nuestra ciudad: Sierra, Campiña y Río.

No todas las provincias de Andalucía tienen el mismo paisaje ni en consecuencia el mismo carácter. El ilustre geólogo español D. Juan Carandell Pericay, resumiendo sus investigaciones geográficas sobre la de Córdoba afirmaba que ésta era una especie de España en miniatura por su variedad física y humana... "Córdoba es D. Juan Valera", nos dice Azorín, guiado de su fervorosa admiración por la obra del gran escritor cordobés. Sin embargo existen tantas Córdoba literarias como autores la expresaron, antes o después de Valera y en cualquier caso tan auténticas como cada uno de estos pudo sentir: Desde la Córdoba barrojana "con sus calles estrechas, blancas y silenciosas" o la Córdoba de Azorín "del muro blanco, el patio empedrado, el zócalo de azulina y la sierra al fondo" hasta la Córdoba provinciana de los años cuarenta, líricamente expresada a través del "intimismo" de los poetas de "Cántico"...

Concebía Ricardo Molina a la ciudad de Córdoba "a modo de acumulación fabulosa de datos poéticos: tal la trabazón laberíntica y el hibridismo arquitectónico-escultórico de una pagoda hindú". Datos o motivos poéticos que asociados a la nostalgia de sus callejas o al silencio de sus patios, insinúan la misteriosa clave del alma de la ciudad.

Críticos y comentaristas del grupo "Cántico" (6) coinciden en señalar determinadas características comunes en la obra poética de sus componentes pese a la varia y poderosa personalidad de cada uno de ellos. Características no sólo unidas por un omnipresente deseo de extremar el cuidado lenguaje sino también, y aparte de otras varias coincidencias ya conocidas, por algo tan peculiar e inte-

(4) Cossío, J.M^a de, *Poesía española (Notas de asedio)*, col. Austral, Buenos Aires, 1952.

(5) Diego, G., *Vigencia del paisaje*, Diario ABC, Madrid, 1972.

(6) *Cántico*, Hojas de poesía, Córdoba, 1927-1957.

resante como la expresión del paisaje de Córdoba, su sentimiento a través del ánimo del poeta y su circunstancia.

Así, por ejemplo, Juan Bernier, hacia 1945 evoca a su Córdoba de entonces, nombrándola con amor y resignación:

"Oh mi ciudad, una ciudad cualquiera,
mi Córdoba amada cuyo suelo es de plumas de arcángeles,
la que suena al atardecer como una lira de campanas cuando
el vaho sudoroso del río extiende su mortaja de niebla y calienta
el suelo vegetal de las huertas de la Fuensanta; Córdoba,
donde la sangre de los antiguos mártires aún corre y está
viva en su río...".

"No es posible podar lo que hay en tí de malo. ¡Córdoba mía!
Acaso tú, yerta, deshabitada, arquitectura viva, sin mí, sin
nadie, serías un impóluto relicario de tu propia deidad".

"Te amaré como eres, mi ciudad, una ciudad cualquiera."

Por las Córdobas literarias de Ricardo Molina, Pablo García Baena y Julio Aumente alienta un circunstancial estilo de común intimismo, debido a que para ellos el poema "es una forma de conocimiento y reconocimiento del propio yo, por referencia al cual cobra sentido la naturaleza" (7).

Clara muestra de esta unidad, diversa y armoniosa, la hallaremos en la obra de Ricardo Molina -en la Córdoba de sus "Elegías de Sandua"- donde por las calles y lugares nombrados por el poeta percibimos un inefable halo de velada melancolía:

"Oh tú que una mañana -se diría esta misma-
paseaste conmigo, de mi brazo, mirando
los rojos remolinos estrellarse en el puente
que custodia impasible un arcángel de mármol.
Todo era igual. Diríase que no ha cambiado nada.
En San Francisco tocan las campanas a misa.
La Posada del Potro ha abierto ya sus puertas
y hay en el suelo paja que cayó de los carros,
y labriegos, y mulos que beben en la fuente.
Todo es igual. Diríase que no ha cambiado nada.
Amanece y te amo. Aún es Córdoba bella...".

O también en el poema de Pablo García Baena a su Córdoba actual, "en trauma de derribos", como él dijo, cuyo sentimiento de desterrado nos transmite así:

"¿A quién pediremos noticias de Córdoba?
Porque las piedras que amabas a la tarde han sido derribadas,

(7) García de la Concha, V., *La poesía española de 1935 a 1975*, t. II De la poesía existencial a la poesía social, ed. Cátedra, Madrid, 1987.

talados los cipreses y su claustro de salmos silencioso,
 destruidos los arcos,
 el capitel rodó sobre la ortiga
 y los artesonados aplastaron blasones,
 soberbia, yelmos, gules...
 Corrió la lagartija sobre lises
 y las manos falaces arrasaron vergeles,
 enmudeció la esquila en la espadaña,
 abatieron dinteles, picaron tracerías, hundieron hornacinas
 y a la venta pusieron atauriques,
 teselas, surtidores, plata ilustre de ofrendas
 y cobraron monedas de la traición tus hijos,
 subastaron tus lágrimas, oh madre,
 patria mía".

Al tratar de la ciudad de Córdoba y su poesía ¿cómo no recordar el conjunto de bellos sonetos que a ella dedicó otro gran poeta de "Cántico": Julio Aumente? Sin embargo, no es intención nuestra ocuparnos aquí de su poesía vertida en formas clásicas, aunque sí nos propongamos transmitirles el sentimiento de este poeta, enamorado de su ciudad, flotando para siempre por el aire de aquel nostálgico atardecer de Febrero en su poema:

Paisaje con campanas

Son ya las seis y media y es Domingo. Febrero
 trae uno de sus días soleados y dulces
 en los que ya se siente rozar la Primavera.

Desde este mirador veo Córdoba: Sus torres
 y sus casas bañadas en el sol de la tarde,
 con un silencio apenas roto por unos pájaros
 o por llantos de niños en las casas cercanas.

A veces la ciudad vibra entera
 y el aire es dulcemente rasgado
 por la campana de un convento que toca a Vísperas.
 Primero es el Císter, luego la Encarnación,
 lejos se oyen apenas Santa Isabel y el Corpus.

Después viene el silencio a dominar de nuevo.
 Por la campiña se vuelve el aire tenuemente violeta
 y en la sierra los montes oscuramente azules,
 ¿acaso no es la tarde como una nueva aurora?
 San Jerónimo cubre su perfil de naranjas.

Un rumor de caballos sube desde la calle.
 Las campanas repiten su llamada insistente
 y los pájaros huyen de las torres. El Angelus

se extiende en toda Córdoba entre sol y silencio.

En la blanca azotea de un convento apartado
del mundo por ligeras celosías de madera,
una monja recoge las ropas ya secadas.

La última campana ha cesado. Imperceptiblemente
la tarde va dejando jirones de sí misma
en las cumbres más altas de Sierra Morena.
Lejos, hacia Granada, las luces van huyendo
y ni un rayo de sol queda ya en los tejados.

Los jardines ocultos van despertando al frío
y de un balcón oscuro surge un rumor de música.
La noche viene lenta casi como la muerte
que se espera, no llega y de pronto ha llegado...

Tratando de completar esta visión de nuestra ciudad en el sentimiento de los poetas de "Cántico" creo debo mencionar aquí también por su directa relación con el tema un fragmento de mi poema "Noticia de Córdoba en primavera" que el profesor Ocaña Vergara, comentarista de mi obra poética ha calificado de "feliz conjunción del paisaje evocado con la emoción lírica del instante". Dicho fragmento dice así:

"Enjoyado de adelfas el mes de Mayo ha vuelto
tristísimo y radiante. La ciudad como lívido
mármol de La Arruzafa o Medina Azahara
su costumbre de siglos en olivos reclina.

Emergen por el alba las antiguas campanas
de los cristianos. Lirios amanecen. Candelas
de la mañana prenden en la cal. Bajo arcos
Góngora, frío diamante solitario refulge..."

La peculiar imagen del río Guadalquivir a su paso por Córdoba y su conjunto monumental visto desde el puente romano constituyen el símbolo más representativo de la ciudad. Símbolo incluso utilizado como sello de su Concejo desde la época medieval y generalmente aceptado como clásico tema literario por nuestros poetas de todos los tiempos...

Así, desde Góngora a Pablo García Baena, pasando por Juan de Mena, Salas Barbadillo, el Duque de Rivas o Federico García Lorca, todos describieron este incomparable lugar, besado por las aguas del histórico Betis de los romanos y aquí evocado en magistrales versos de trágica y pagana belleza por Pablo García Baena en su poema:

Río de Córdoba

Pasas y estás como una pisada antigua sobre el mármol,
 y hay en tu fondo un velo de argenterías fenicias,
 y en la noche de la Albolafia
 surgen de oscuro labio enamorado
 las suras como negras palomas implorantes.
 Eres el rey, turbio César que se desangra
 sobre su propia púrpura de barro,
 carne deshecha las rojizas gredas,
 y flotas sobre tu huyente melancolía,
 y fugaz permaneces
 con tus manos de plateado exvoto acariciando
 el toro, la columna, el santuario
 y los pétreos plegados de la estatua.
 Tu cuerpo generoso se queda entre los juncos
 como en un verde acetre de vegetales oros,
 herido sobre las zarzas por la voz y la noche
 que la guitarra vierte sombría y encelada,
 mientras los que se aman, de una orilla a otra orilla,
 con las tendidas manos sollozantes hundidas en tu agua,
 escuchan silenciosos tu bronco latido solitario
 de astro centelleante entre los naranjales.
 Brizas la inocente madera de las barcas
 y abres un surco de congelado asombro
 ante la esteva sacra que guía la bogante rueda de los molinos,
 donde descansa erguida
 la dorada y bermeja palmera de los Mártires:
 el cielo ya en los ojos torcaces de Victoria
 y Asciclo como un bello ostensorio labrado.
 Tal audaz caminante
 que un punto se detiene en la suave colina
 y fija la mirada en la ciudad que adora y aleja para siempre,
 así tú te remansas por los jardines tristes,
 por las torres guardianas, por humildes tejares;
 y tu rumor real, que baja victorioso como guerrero esbelto
 de laureles
 desde la áspera cueva de las sierras natales,
 anida dulcemente en la cárdena adelfa
 que tu mano instrumenta como roja viola apasionada.
 Cuando sube la noche a su ajimez de luna
 y el licor de tus ópalos se agita intensamente,
 los jóvenes ahogados del estío
 levantan en silencio sus lívidas cabezas
 que rotos unguentarios perfuman de estoraque;
 y sus miradas líquidas,
 donde engastan los sábalos alhajas cinerarias,
 contemplan el ciprés, la celosía, el patio,
 los muros con la lepra verde de la alcaparra;

y suspiran y tejen coronas de amaranto,
de granadilla y mirto de hojas chorreantes
que van frescas, intactas, por tus crines undosas
hasta la sien vencida del amante que vive,
a tu orilla, la noche mortal del paraíso.

La Sierra de Córdoba se asoma a la ciudad y al valle del Guadalquivir desde su privilegiado balcón de lentiscos. Allí, donde el umbrío manantial en sus agrestes soledades recuerdan al D. Luis de Góngora de Santa María de Trassierra otros incógnitos y sugerentes lugares evocan hacia los confines de la provincia las "Elegías de Sandua" de Ricardo Molina o las secretas aguas de su "Río de los Angeles". En estos dos libros suyos el poeta se nos presenta "movido por un impulso incontenible que le lleva a sentirse parte del universo y del paisaje", nos dice Guillermo Carnero. "La naturaleza despierta en él la nostalgia y el recuerdo de la felicidad pasada, transcurrida en los mismos lugares que ahora son visitados en soledad...".

Ricardo Molina nos transmite desde su más puro estado de ánimo -el de su sentimiento amoroso- la belleza y la esplendorosa melancolía que el paisaje de nuestra Sierra cordobesa emana en su poema:

Más allá de los arenales

Más allá de los arenales fulgurantes
que al borde de la Sierra de los Santos se extienden
como ardiente aluvión de torrente solar;
hacia las últimas vegas de la provincia
corre, blanco y secreto, el Río de los Angeles...
Más allá de las tierras que se abren en negras venas de plata
-plumaje vegetal de quietos seres
en las edades silenciosas y verdescentes del mundo-,
se desliza el Río de los Angeles...

Más allá de la Breña
que en los valles desiertos dilata sus tres brazos azules,
donde sólo se oye el coloquio
blanco de las adelfas y de las zarzas,
donde el tigre embarrizado del viento hace sonar los
cañaverales,

canta el Río de los Angeles...
Allí todo es pureza: las palabras
son como rosas recién abiertas en la mañana;
el cielo nos consuela con su olvido inefable...,
todo es música y alma
en el Río de los Angeles...
¡Oh qué verde quietud! ¡Qué soledad
perfumada! ¡Qué sombra

de sotos plateados!

...A su orilla, aspirando el dulce aire de la mañana,
quiero cantar. A su orilla,
desnudo bajo el sol de la mañana,
quiero cantar un canto como un río...

En su "Estudio y antología del grupo Cántico de Córdoba" señala Guillermo Carnero la "distinta sustancialidad" de mi poesía respecto a los demás componentes del grupo. "Sustancialidad" referida al sentimiento del paisaje y que como afirma Abelardo Linares en su prólogo a mi libro "Universo de Pueblo" no puede considerarse objeto de "preferente atención al mundo exterior en cuanto tal" puesto que es sencillamente mi mundo. Mundo habitado por quien lo contempla y se lo entreaña.

También Víctor García de la Concha en su estudio sobre "La poesía española de 1935 a 1975" viene a coincidir con dichas apreciaciones, afirmando que "mi objetivo va más allá del puro descriptivismo en el logrado propósito de captar el latido del corazón de mi tierra...".

A continuación y refiriéndose a mi poema "El Angel del Atardecer" dice: "Lleva esta composición como subtítulo "Paisaje de invierno" y, sin embargo, no hay allí apenas rastro de un paisaje exterior; se trata de la captación y configuración de ese clima espiritual que, un atardecer de invierno, puede facilitar en el medio rural la ensoñación o la magia. Se alude a un misterioso personaje que nos llama en el ocaso... ¿Quién será?, nos preguntamos. Eso exactamente: un ángel invisible pero real que late en la paz del campo".

El ángel del atardecer

Nos llamó en el ocaso; pero nadie
pudo escuchar su voz, teñida
de vuelo de paloma, que sería
como la última luz en los cipreses.

Iría y vendría en silencio por el pueblo
custodiando tertulias campesinas,
sueños de niño y fuego en los hogares...
Nadie le vio; pero en cambio todos
percibíamos el aire de su pulso,
latiendo azul -maravillosamente-
por la inefable paz de la Campiña.

Y estuvimos tan cerca de él que acaso
le rozamos un ala cuando alguien
reparó en el incendio de las torres
que parecían fugarse de la tierra
abriendo el cielo con veletas de oro...

... La Campiña de Córdoba, en la orilla izquierda del Guadalquivir, inmensa y solitaria, con sus dulces colinas besando el cielo y nubes que fantasmales pasan hacia quién sabe donde... Ala de sol para la geografía de la provincia. Mapa de silencios invernales. La escarcha. El labrantío. Las perdices. Las liebres. Los olivos de Bujalance, incógnitos, velados por girones de niebla o entrevistados en lejanía al amparo de sus torres custodias...

(Donde intenté expresar mi sentimiento frente a su misterioso e inefable paisaje...).

